

# CATOLICISMO NACIONAL

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**E**S necesario hacer un balance en España de las implicaciones religiosas ocurridas en los cuarenta años últimos, para comprender perfectamente el inmovilismo en que hemos permanecido y la falta de reacción de gran parte del pueblo español en este período estático de nuestra reciente Historia. Sin duda, diversos factores humanos han influido en esta época para marcarla con el sello inmovilista en una forma desusada. Pero esa visión "sui generis" del catolicismo ha sido su apoyo más firme.

El sociólogo J. González-Anleo acaba de publicar un libro en donde analiza las características específicas de esto que él llama "catolicismo nacional". Y en el libro —editado por Ediciones Paulinas— desarrolla en sus tres partes este fenómeno. Las más interesantes son aquellas en que estudia el catolicismo nacional y sus características. Más dudosas son otras en que se suministran una serie de datos estadísticos que hoy han quedado, en mi opinión, ampliamente superados por la realidad religiosa tan cambiante de nuestro pueblo y de nuestra juventud, y muy particularmente de nuestro mundo universitario.

La meditación de este libro, a la luz de la realidad cotidiana que se puede apreciar en el país, debe llevar a algunas reflexiones que interesan para conocer mejor las causas de nuestra inmovilidad, más complejas de lo que a primera vista se dice, y desde luego influyendo en ellas decisivamente —como he dicho— las especiales características de nuestro catolicismo patrio.

El "catolicismo nacional" no es solamente el catolicismo propio de nuestra nación en estos años últimos; sino que es un catolicismo en donde la palabra "nacional" ha marcado de manera definitiva nuestra religiosidad oficial, a nivel eclesiástico y a nivel civil. "El fenómeno catolicismo nacional consiste en que una nación o sociedad renuncian a una serie de tareas o funciones que les son propias y las encomiendan, o al menos las comparten, con una institución religiosa, la Iglesia nacional". Definición exacta, aunque escasa, y que González-Anleo se apresura a completar añadiendo que resulta este proceso, un proceso de "interpenetración". No sólo se sustituye el Estado por la Iglesia en muchas ocasiones, sino que también la Iglesia se pone en manos del Estado cediendo de sus funciones para que las cumpla —como se hacía hace muchos siglos— el brazo secular. Este "proceso múltiple y confuso" es no sólo un proceso de "sustitución", sino al mismo tiempo de "instrumentalización". La Iglesia usa al Estado para sus fines, y el Estado utiliza a la Iglesia para los suyos.

Esta descripción corresponde exactamente

a lo que ha pasado en nuestra Historia de estos cuarenta últimos años, y que los católicos hemos aceptado pasivamente, unos con gusto y otros con disgusto.

La confusión Iglesia-Estado, manifestada sobre todo en el Concordato entre España y la Santa Sede, firmado después de muchas dificultades eclesiásticas en 1953; la confesionalidad del Estado español, marcada por una fuerte intolerancia religiosa inducida por la jerarquía eclesiástica; la sustitución del matrimonio civil por el matrimonio eclesiástico para la generalidad de los españoles, por el simple hecho de estar bautizados; el estudio obligatorio de la religión en las escuelas y centros de enseñanza tanto públicos como privados; la prensa de filiación exclusivamente católica que hemos tenido, son algunas de las características concretas de lo que hemos vivido recientemente.

En muchas ocasiones, este catolicismo nacional ha llegado a su forma extrema llamada "nacional-catolicismo", término atribuido al profesor José Luis L. Aranguren y que ha hecho fortuna, porque de una manera plástica centra en la palabra "nacional" la característica toda de nuestra estructura religiosa oficial, en el área civil y en el área eclesiástica de estos años.

Ya en 1940, el filósofo del falangismo de posguerra Pemartín acuñó la denominación "catolicismo nacional-español". Por supuesto que entonces se ponía un orgullo pretencioso en esta híbrida confusión político-religiosa, que la incrustábamos en los orígenes de nuestra nacionalidad, y que llegaba al límite en la concepción de la idea de patria. Casi se podría decir que eran intercambiables entonces los términos "catolicismo" y "españolismo". Nunca pudo figurarse nuestro erudito Menéndez Pelayo la trascendencia que tendrían en el futuro de la estructura política de nuestro país algunas de sus exageradas y apasionadas observaciones históricas, que posteriormente fueron recogidas por nuestros políticos y pensadores tradicionalistas e integristas.

El padecimiento que tuvieron durante este tiempo pasado los protestantes españoles, con los que no se tuvo la más elemental libertad ni siquiera tolerancia en muchos casos, deriva, sobre todo, de estas ditirámicas frases hispanas de Menéndez Pelayo. Su teoría era muy sencilla: en el momento en que no entrase el ingrediente de la fe religiosa en el amor a España, "apenas tiene el patriotismo en España raíz y consistencia". Es más: quien tiene "perdida la fe religiosa", afirma nuestro erudito nacional que no puede sentir amor alguno a los demás ciudadanos, y toda la expresión aparente de consideración hacia la patria será "retórica hueca y baladí". Lo curioso es

que este escritor se equivocó radicalmente al atribuir en el futuro, a estas personas españolas faltas de fe religiosa el error del "totalitarismo". Nunca cometió mayor equivocación de perspectiva un pensador español que aquella en la cual cayó Menéndez Pelayo. Porque precisamente ocurrió todo lo contrario: fueron los católicos a machamartillo quienes cayeron en la defensa del "Estado totalitario cristiano", como con apasionada ingenuidad afirmó alegremente el padre Menéndez Reigada en el año 1939 en su *Catecismo Patriótico*. Tan fue esto así que en la primera versión de nuestro Fuero del Trabajo se reconoció que la estructura de nuestro Estado era la "totalitaria". Permaneciendo esta definición hasta después del Concilio Vaticano II, a pesar de las condenaciones tan rigurosas y sin excepción que hizo el Papa Pío XII repetidas veces del totalitarismo.

El colmo de estas posturas se encuentra plasmado en la frase del pensador falangista Pemartín que llega a decir: "Si España ha de ser nacional y ha de ser fascista, el Estado español ha de ser necesariamente católico".

El empujamiento del catolicismo ha llegado con eso a su extremo. Su universalidad, que es la característica específica de este modo de entender el cristianismo (al menos, su característica específica teórica), ha quedado borrada y ha sido sustituida por la "especificación nacionalista".

Recordar todo esto resulta un ejercicio necesario para españoles, porque a veces está demasiado olvidado lo que nos ocurrió. Y se hace necesario recordarlo para evitar las raíces que todavía quedan de esta errónea postura nacional-católica no solamente en determinadas estructuras políticas y civiles del país, sino incluso en parte del pueblo español, que no en balde sufrió la tenaz y permanente insistencia educativa en estas ideas lo mismo en las escuelas, que en los colegios, que en los medios de comunicación social, en los cuales sólo olamos ahora tras hora estas ideas que quedaron grabadas en el inconsciente de muchos españoles. Nuestra misión es desterrar, de una vez por todas, cualquier confusión nacional-católica, y crear un país para todos los ciudadanos que vivimos en su suelo sin exclusiones ni confusiones político-religiosas. ■